

SECCION SEPTIMA.

DE LA DURACION DE LA VIDA HUMANA Y DE SUS
PROBABILIDADES ENTRE DIVERSAS NACIONES.

Ya se deja entender que un ente compuesto de mayor número de órganos simples que complicados debe gozar, en igualdad de circunstancias, una vida mas fundamental y duradera; al paso que un ente compuesto de mas piezas complicadas que simples debe adolecer mas de trastornos y de esterminio.

Tal es el efecto que se observa en el hombre comparado con los animales; pues nadie ignora que estos no se ven acometidos de la gran diversidad de dolencias que nos acosan, y que su vida no desfallece como la nuestra por excesos inherentes á nuestra naturaleza; porque habiendo sido criados muy sensibles, somos capaces de arranques tan estremados en la ventaja como en el daño, los cuales desmoronan casi en igual grado nuestra frajilísima máquina; no siendo menos fatales á la salud nuestros placeres, los gozos y logros inmoderados, que las escaseces y quebrantos de la vida. Por esto nos fué sin duda concedida la razon, puesto que sin ella

seríamos entre todos los vivientes los mas desvalidos.

Como la mujer y las hembras de los animales ofrecen por lo común una complexion mas blanda y húmeda que el hombre y los irracionales machos, ó se parecen durante mas largo tiempo á la niñez, deberían necesariamente alcanzar mas tarde el mismo grado de endurecimiento, y vivir por consiguiente mas tiempo; pero, fuera de que el embarazo y las angustias de la maternidad atropellan en gran manera su vida, está probado que las hembras no alcanzan nunca la misma solidez de cuerpo que los varones. Sin embargo, cuando envejecen, su constitucion aññada adquiere los caracteres de la del varon; de ahí es que la mujer que ya traspasó la edad del menstruo propende jeneralmente á la complexion varonil; sus formas suaves y rollizas se hacen mas escabrosas y cuadradas; sus músculos son mas abultados; su voz, aunque cascada, adquiere mayor gravedad; y unos pelos leves le cubren la barba y el labio superior como entre los adultos. Tambien se han visto mujeres ancianas que tenían que afeitarse, y ya es sabido que la cesacion del menstruo acanala muchas veces en el sexo las raices del vello en el rostro. Tambien hay ejemplares de mujeres que en esta época tienen el pecho poblado de pelo como los hombres. La esperiencia ha demostrado que si bien es verdad que la juventud de las mujeres es mucho mas corta que la de los hombres, es su vejez comunmente mas larga. La cesacion del menstruo reparte por la economía el

empuje de las fuerzas vitales de la matriz, lo que trasforma, por decirlo así, la hembra en varón.

No es menor la modificacion del espíritu que la que le cabe al cuerpo en las diferentes edades, porque como nuestra alma no puede obrar ni percibir sino por medio de nuestros órganos y sentidos, sus actos deben estar ceñidos á la naturaleza de los instrumentos que emplea; pero su constitucion íntima no varía jamás, y si aparece diferente en cada hombre, es porque obra por medio de órganos mas ó menos cabales. El alma está aprisionada en nuestro cuerpo, el cual le comunica todas sus ilusiones y todas sus urgencias: pero, cuando desembarazada ya de los vínculos de la carne y de la sangre, se encumbra al Autor de su existencia, desvaneceránse los prestigios de nuestros sentidos, y contemplará con toda libertad este anchuroso universo, el escelso Espíritu que lo anima, y todos los objetos que solo divisa á través de los visos de nuestras pasiones ó de la materia de nuestro cuerpo.

La duracion de la vida es casi siempre proporcionada á la cantidad que se recibió y á la que se gasta, y está especialmente aneja al tiempo que emplean los medros corporales. La esperiencia ha probado que el hombre, bien así como los cuadrúpedos, puede vivir el séptuplo del tiempo que emplea para crecer hasta la pubertad. Siendo mancebo el hombre á la edad de catorce años poco mas ó menos, síguese de ahí que su vida puede estenderse hasta ciento y mas años; y si jeneralmente no alcanza esta edad avanzada, suya es la culpa, y no de la na-

turalidad, puesto que sus pasiones, sus excesos y las dolencias consiguientes acortan en extremo su existencia.

Nuestra especie ofrece muchísimos ejemplares de ancianidad; y por cierto que nos quejamos sin fundamento del breve plazo de nuestra vida. ¿No hemos de morir un dia? ¿Para qué retardar el término, si ya no podemos disfrutar la existencia, y porqué deseamos beber sin descanso la amarga hez de la edad caduca? Solo la mitad de la vida es útil y agradable, y aun está llena de impetuosos disparos y de sumas desdichas. Si supiésemos emplear mejor el tiempo, no nos pesara tanto su malogro. ¡Cuántos años vivimos ajenos de la felicidad! Si separamos de nuestra existencia todo el tiempo que dura el sueño, el de las enfermedades de la niñez y de la ancianidad, si cercenamos las dolencias, los males que hemos padecido, las horas que hemos pasado en el aburrimiento, el ocio, la tristeza y todas las pesadumbres del alma, apenas nos restan algunos dias de complacencia.

Maupertuis calculó que una vida media daba á poca diferencia tres años de felicidad desleidos en sesenta ú ochenta de fatalidades ó insulseces; y sin embargo todos bebemos con ansia en la copa de los siglos, y la vaciamos hasta la hez. La existencia se parece á la caja de Pandora, de donde salen todos los bienes y todos los males que cubren la tierra; la esperanza sola permanece en el fondo de nuestra vida: bajo tan adecuada alegoría nos la presentaron los antiguos. Nuestra vida es aun sobrado larga para

lo que hacemos en este mundo. ¡Cuántos hombres se van desmoronando por el carril de la existencia inservibles á sí mismos y á sus semejantes! Déjense arrebatados soñolientamente por los años al océano de la muerte; y para este viaje necesitan de algún recreo que burle el tedio que lo acompaña: los tales solo viven por casualidad. La tierra está cubierta de grey humana que no pidió á sus padres el nacimiento, y que en medio de su dolorosa existencia, por momentos echa menós la nada, que antepone á una vida desventurada y contingente.

En efecto, sobre novecientos millones de hombres que acaso contenga el globo, cuéntanse apenas algunos millares de acomodados y dichosos, cuando todo lo restante yace desconsoladamente en el infortunio, ó se sustenta con el pan de la amargura. Tantos cuitados salvajes vagarosos por el Nuevo Mundo (1), el África, la Nueva Holanda y las islas del mar Pacífico, tantos ajuares infelices en el septentrion de la tierra, tantos negros esclavos, tantos indios amarrados á la áspera coyunda del despotismo; tantas guerras, hambres y pestes; tantos trastornos políticos y relijiosos; tantos odios, pasio-

(1) Vense entre los bravos americanos muchos hombres, cuyo semblante ajado ú marchito indica, al parecer, una edad muy avanzada; sin embargo, como la mayor parte de los salvajes ignoran el arte de contar, y echan tan fácilmente en olvido lo pasado como se curan poco de lo venidero, es de todo punto imposible averiguar su edad con certeza (Bankroft, *Nat. hist. of Guiana*, páj. 334). No obstante, no viven acosados de tantas dolencias como nosotros, porque no conocen el lujo y la afeminacion, de donde dimanar tantas enfermedades.

nes y crímenes; tanta opresion entre los hombres de todos los paises, nos persuaden que nuestra especie no vive en este suelo mas favorecida que la de los irracionales, y que sin razon nos ensoberbecemos de las prerogativas que nos franqueó naturaleza, ya que no nos guarecen de nuestra propia insensatez y desvario. ¿De qué nos sirve esta sensibilidad tan profunda y estensa, que tanto ensancha nuestra intelijencia y nos encumbra sobre los brutos, si por otra parte nos avasalla á todo el extremo de nuestros quebrantos? ¿De qué ventaja son al hombre estos elementos de su prepotencia, si tambien lo son por otra parte de su afrenta? ¿Porqué temer la muerte cuando no es mas que el descargo de las humanas dolencias? y qué insensato quisiera alcanzar la inmortalidad al precio de todas las pesadumbres que brotan y se agolpan en el campo de la vida?

Afortunadamente para el hombre, todo en este mundo es sueño é ilusion: la vida es un sueño más ó menos profundo, que la costumbre nos hace tolerable, y de que solo nos estrellamos con el desengaño en el disparador de su desvío. Un hombre que nunca se despertase, desde su niñez hasta su muerte, y que estuviese continuamente soñando, vendria á vivir tanto como otro despierto. Y ¿quién sabe si nuestra existencia se reduce solo á un somnambulismo, al lado de otros entes mas cabales y de naturaleza mas calificada? Vivir no es medrar, no es yacer en yerta inaccion cansadísimos dias, es percibir, es recapacitar, es obrar. ¡Cuántos hombres

alcanzan la edad de ochenta años, que ni aun han vivido diez! ¡Cuántas horas se desperdician para satisfacer el desvarío de la sensualidad, y cuántos mortales no vuelven en sí hasta la hora de la muerte!

Quizás no sea nuestra despertada mas que un sueño algo menos profundo, un estado perpétuo de entorpecimiento que sólo difiere del mas al menos de los desvaríos de la noche, y que se nos aparece como realidad, en la carencia en que yacemos de un objeto comparativo y desengañador de sus prestijios. Á la propartida de este mundo, cuando nuestra alma se deslia de la carne, descúbrenle á veces repentinas iluminaciones todos los bultos de este dilatado desvarío que llamamos vivir. ¿Porqué nos acosan en los últimos años de la vida tan amargos sinsabores, tan fieros desengaños, para recorrer el velo de la nada y de los vacíos de nuestra existencia? Entonces nos desaletargamos y empezamos á conocernos, disipándose finalmente las lóbregas ilusiones de los sentidos que ofuscaban la luz de la razon.

Pero ¿para qué fuimos criados? ¿donde está la utilidad de este universo? ¿porqué se desalojan sucesiva y perpétuamente una tras otra tantas jeneraciones? Quanto mas lo recapacito menos lo alcanzo: solo Aquel que todo lo crió todo lo sabe. Y nosotros endebillitos mortales, ¿porqué hemos de ceñir á las angosturas de nuestro alcance los recónditos ámbitos de todo un Dios y de la naturaleza? Fuerza es callar postrada y ansiosamente.

El hombre seria muy desventurado si el hábito

no embotase el filo agudísimo de sus desdichas. Aquel pastor vive contento que fuera desgraciado si hubiese nacido rey. El hombre se acostumbra á los mas ásperos climas, y vive en ellos dichoso. Solo la comparacion nos hace desventurados; pero en realidad no lo somos. En tanto que proporcionamos nuestros deseos y urjencias al alcance de nuestros medios y facultades, vivimos complacidos; pero apenas tramontamos la esfera de nuestra condicion para encumbrarnos mas allá de nuestros verdaderos lindes, nos contemplamos desgraciados, porque sentimos todo nuestro desvalimiento y el incontrastable yugo de la necesidad. En un estado muy inferior á la medianía, podemos ser tan felices como los que nacieron en la púrpura, á causa de este hábito benéfico que nos muestra la felicidad en nosotros mismos, sea cual fuere el estado en que nos colocare la fortuna. Así como la costumbre hace al principio tolerables los males por su misma duracion, é indiferentes despues, no de otra suerte aja con el tiempo el embeleso del deleite y las delicias del logro, en términos de hacerlos desabridos: así es como se plantea un equilibrio entre nosotros y los bienes y los males que nos cercan, equilibrio que compensa los unos con los otros. Para un hombre muy desventurado serán entrañables los menores logros, al paso que apenas asomarán para el que ha sido constantemente feliz. El que se está muriendo de hambre paladea con suma complacencia el tosco alimento que causa nauseas al que yace ahito de esquisitos manjares. El que sale de una larga y traba-

josa enfermedad conoce mas que otro cuánto vale la salud; así es que la privacion realza el placer; y la templanza puede hermanarse muy bien con la sensualidad, puesto que aumenta el deleite; de ahí es que el secreto de la felicidad consiste en ser oportunamente desgraciado. Por esta misma causa, los hombres á quienes consideramos tan desventurados en este mundo, no lo son tal vez mas que los otros; pues si bien el placer estremado acarrea sinsabores proporcionados, tambien las penas estremadas abren la puerta á embelesantes deleites. Ya que todo se compensa por medio de reacciones iguales, se hace positivamente muy estraño que sean los hombres tan insensatos, que deseen otro estado distinto del propio, cuando este es tolerable. Ignoran los tales que no por esto serian mas venturosos, puesto que sus urjencias y pasiones crecerian al paso de su fortuna. Y no se crea que este sea un sistema inventado por los pudientes para contrarestar la envidia de los menesterosos, sino una observacion cierta y constante que confirma diariamente la experiencia.

Así pues, si podemos disfrutar en la existencia mas corta tanta dicha como en la mas dilatada, y si los bienes y los males estan próximamente interpolados para todos los hombres, ¿qué razon hay para quejarnos de la naturaleza? ¿porqué hemos de temer la muerte? ¿porqué deseamos una larga vida? ¿No emponzoñan acaso todos sus logros los crueles achaques de la ancianidad? Sin embargo, es tan jeneral entre los hombres este anhelo de vivir; son

tantos los que se lamentan y temen la muerte, que no nos parece ajeno del presente propósito el ventilar los medios que acierten á prolongar nuestra existencia (1).

No citarémos aquí los ejemplos que se leen en el Génesis, de la dilatada vida de los patriarcas y de los primeros hombres, puesto que mas bien pertenecen á la relijion que á la historia natural: los casos que vamos á citar serán por lo mismo mas recientes. Haller asegura haber reunido en sus investigaciones mas de mil casos de centenarios: tambien tuvo conocimiento de sesenta y dos personas que alcanzaron la edad de ciento y diez y de ciento y veinte años; de veinte y nueve que contaban de ciento y veinte á ciento y treinta, y de quince que tenian de ciento y treinta á ciento y cuarenta años. Para sobrepajar estas edades tan avanzadas, son menos averiguados y mas raros los ejemplares de ancianidad. Sin embargo, pueden citarse algunos casos de mayor edad; tales son, entre otros, el inglés *Eccleston*, que murió á ciento cuarenta y tres años; *Juan Effingham*, que feneció en 1757, de edad de ciento cuarenta y cuatro; un Noruego que alcanzó los ciento y cincuenta años; los Italianos que contaban un siglo y medio, segun Plinio el naturalista, y otros muchos casos, si bien no tan auténticos como los que acabamos de espresar. Na-

(1) Joh. Andr. Gottfried Schoteling, *De vita humana, inprimis ejus brevitate hodierna, hujusque causis, cogitationes*, Hamburgo, 1750, en 4^o. Véase tambien nuestro *Traité de la puissance vitale*, libro IV, Paris 1823, en 8^o.

die ignora que *Tomas Parre* murió en 14 de noviembre de 1635, á la edad de ciento y cincuenta y dos años, y que fué disecado por el ilustre anatómico Harvey (el mismo que descubrió la circulación de la sangre) (1). Quizás viviera aun mas años este hombre extraordinario si la pensión que le concedió el rey Carlos I no le hubiese inducido á variar su jénero de vida sencillo y frugal. Este mismo hombre habia sido en extremo mujeriego durante su mocedad. Cítanse además varios labradores suecos que han alcanzado la edad de ciento y cincuenta y seis y ciento y cincuenta y siete años; pero su historia no es bastante auténtica.

Por último, el que ciertamente ha descollado en edad sobre todos los hombres de nuestros tiempos modernos es *Henrique Jenkins*, á quien todos los testimonios y pruebas mas auténticas conceden ciento sesenta y nueve años. Este hombre habia sido soldado, y se habia visto en muchos encuentros. No nos consta con certeza lo de aquellos Temesvarios, de quienes se dice que alcanzaron la edad de ciento setenta y cinco y ciento ochenta y cinco años; ni de *Pedro Czartan*, que dicen haber llegado á esta última edad; ni del obispo *Kentigern*, de la misma, citado por Cheyne; ni de aquellos ancianos de las Órcadas, de mas de ciento y ochenta años; ni de aquellos Indios, que, segun algunos viajeros, contaban mas de trescientos años. El *London Chronicle*

(1) El descubridor de la circulación de la sangre fué Miguel Serveto de Villanueva de Sijena, muy anterior á Harvey.

Nota del Traductor.

del 5 de octubre de 1780 refiere que *Luisa Truxo*, negra esclava, murió en Tucuman, á la edad de ciento setenta y cinco años. Este caso es el que presenta mayor ancianidad en el sexo delicado, con especialidad en los climas cálidos (1).

Sussmilch asegura que sobre mil personas, solo una alcanza la edad de noventa y siete años, y que solo se ve un centenario sobre mil cuatrocientas personas. En 1751, murieron en Lóndres veinte y un mil veinte y ocho personas, entre las cuales se contaron cincuenta y ocho nonajenarios, mas de trece centenarios, y un solo individuo de ciento y nueve años, lo que da un centenario sobre mil seiscientas diez y siete personas. En 1762, murieron en Lóndres veinte y seis mil trescientos veinte y seis individuos, contándose entre ellos ochenta y cinco

(1) Juan Rovino, en Hungría, vivió ciento setenta y dos años; su mujer, ciento sesenta y cuatro; estaban casados desde ciento cuarenta y dos años; su hijo mas jóven contaba ciento y quince años. Sin embargo, estos hechos parecen exajerados.

De igual tacha adolecen probablemente las relaciones de muchos antiguos viajeros, que suponen que los naturales de las islas Molucas alcanzan jeneralmente la edad de ciento y treinta años (*Relat. des Hollandais*, parte 1, cap. xxiv); las de Vicente Leblanc, Lescarbot, etc., segun los cuales, los habitantes de Sumatra y Java llegan á ciento y cuarenta años; las de otros viajeros, que aseguran que los Canadenses y moradores del reino de Casubia no mueren antes de ciento y cincuenta años. Por último, Pyrard y otros conceden hasta ciento y sesenta años á la mayor parte de los Brasileños y pueblos de la Florida y del Yucatan, cuando viven en estado salvaje (*Bergeron, Traité des navigat.*; De Laet, *Nov. Orbis*; Juan de Lery, *Voyage.*, cap. viii; Rochefort, *Antilles*, páj. 502, etc.

nonajenarios y solo dos centenarios; por donde se ve que este número es muy variable (1). En el padrón de los moradores de Italia que se verificó en tiempo de Vespasiano, en el año 74 de J. C., contáronse cincuenta y cuatro centenarios, cincuenta y siete personas de ciento y diez años, dos hombres de ciento veinte y cinco, cuatro de ciento y treinta, otros tantos de ciento treinta y cinco á ciento treinta y siete, y tres de ciento y cuarenta. El emperador de la China Kien-Long mandó escudriñar en su imperio todos los individuos de mayor edad que él, y solo se encontraron cuatro personas que contaban mas de cien años; prueba de que la ancianidad escasea mucho en aquel imperio.

Los mas que alcanzaron una edad tan avanzada llevaron vida muy activa; y aun muchos centenarios han tenido una mocedad fogosa y traqueada, bien que es fuerza confesar que esta circunstancia acarrea pocas veces una vida dilatada.

(1) Segun Larrey, habia en el Cairo treinta y cinco centenarios. Lo que sigue no es tan auténtico: en España, en el siglo XVIII, viéronse en S. Juan de Polo, en Galicia, trece ancianos, entre los cuales los mas jóvenes tenían ciento y diez años, y el mas viejo ciento veinte y siete; segun el Obispo Sarmiento, formaban juntos mil cuatrocientos noventa y nueve años. En Inglaterra, se cuenta un centenario sobre tres mil y cien individuos. En Irlanda, sobre una poblacion de cuarenta y siete mil almas, habia cuarenta y un individuos de noventa y cinco á cien años. En Rusia, en el año 1814, entre ocho cientos noventa y un mil seis cientos cincuenta y un muertos, contáronse en los registros parroquiales tres mil quinientos treinta y un individuos de ciento á ciento treinta y dos años.

Parece que la vida filosófica prolonga generalmente la duracion de la existencia, y que esta no es incompatible con las intensas tareas del entendimiento; pues aun las complexiones endebles prometen larga carrera, á causa de la moderacion que requieren en la juventud (1); y quizás á esta última causa deba atribuirse la ancianidad de las mujeres. Se ha probado que en Suecia hay tres veces mas mujeres octojenarias que hombres de la misma edad. Con todo, fuerza es confesar que muchos hombres dotados de escelso númen, y cuya inteligencia se ha desarrollado desde muy temprano, han envejecido en breve tiempo y fallecido casi en la flor de la edad: tales son, entre los que pudiéramos citar, Pascal, que murió á los treinta y nueve años; Descartes, Barátier, P. Bayle, etc.

Al contrario, la mayor parte de los centenarios que citamos al principio (á escepcion de los filósofos), y otros muchos que omitimos, fueron hombres de entendimiento sencillo ú adocenado, labradores, artesanos y soldados que no descollaron sobre los demás hombres. Casi todos llevaron una vida trabajosa, se atuvieron á un réjimen llano y frugal, y fueron viviendo en la escasez, y aun en el desamparo. De ahí es que los cenobitas de los monasterios del monte Sinai alcanzan generalmente la edad de ciento á ciento veinte años; por esta misma causa llegan los Árabes á una edad muy avanzada, y conservan en la vejez toda su pujanza y ga-

(1) Fouquier de Maissemy, *Avantages d'une constitution faible*, Paris, 1802, en 8º.

llardía. Vense muchos Eipcios, Etiópes y Beduinos, que con su vida parca llegan á una edad muy avanzada bajo un clima cálido y seco. Los Brasileños, los moradores de la Florida y otros muchos salvajes llegan á una vejez dilatada y forzada; pues vense entre estas naciones caudillos ágiles, robustos y animosos, cuando ya alcanzaron la edad decrepita. Sin embargo, siendo púberes los pueblos de los trópicos á la edad de diez ó doce años, entran en la vejez á los cincuenta, y en la decrepitud á los sesenta; al paso que las naciones septentrionales, brotándose mas tarde la pubertad, conservan sus bríos en la edad mas avanzada.

Tambien se ha observado que los locos, los mentecatos y los que viven sin desvelos y sin zozobra, disfrutan una vida mas dilatada que los demás hombres. Hanse visto sujetos, célebres por su ingenio y sus conocimientos, alcanzar una edad avanzada, porque los tales lograron la dicha de padecer pocos contratiempos y de conservar un carácter siempre alegre y uniforme. Los cartujos y otros que se alimentan constantemente de pescado y llevan una vida parca y sencilla, alcanzan jeneralmente una ancianidad mas estremada que todos los demás hombres. Dícese de uno que, no habiendo probado en su vida otro alimento que, la leche, llegó á la edad de ciento y veinte años. Los sobrios braçmanes alcanzan una vejez muy avanzada, lo mismo que los sencillos montañeses de los Alpes, de Escocia, etc.

Buffon, despues de haber comparado varias ta-

blas de mortalidad, se esplica en estos términos: «Así, la cuarta parte de los niños de un año muere antes de cumplir cinco años: el tercio, antes de diez años cumplidos: la mitad, antes de treinta y cinco años cumplidos: los dos tercios, antes de cincuenta y dos años cumplidos; y las tres cuartas partes, antes de haber cumplido sesenta y un años.

«De seis á siete niños de un año, solo hay uno que llegue á setenta años: de diez ú once niños, uno que llegue á setenta y cinco: de diez y siete, uno que llegue á setenta y ocho: de veinte y cinco ú veinte y seis, uno que llegue á ochenta: de setenta y tres, uno que llegue á ochenta y cinco: de doscientos cinco, uno que llegue á noventa: de setecientos treinta, uno que llegue á noventa y cinco: y finalmente, de ocho mil ciento setenta y nueve niños, solo hay uno que pueda llegar á cumplir cien años (1).»

Mas adelante añade el mismo autor: «La vida media de los niños de un año es de treinta y tres años: la de un hombre de veinte y un años es tambien de casi treinta y tres años: un padre que no haya llegado á veinte y un años, tiene esperanza de vivir mas que su hijo de un año: pero si el padre tiene cuarenta años, ya entonces hay tres contra dos á favor de que su hijo de un año vivirá mas que él; si tiene cuarenta y ocho años, hay dos contra uno, y tres contra uno, si tiene sesenta años.

«Una renta vitalicia en cabeza de un niño de un

(1) *Obras completas de Buffon, Historia natural del hombre*, edicion de Barcelona, en 18°. , tomo IV, páj. 147 y 148.

año tiene duplicado valor que en una persona de cuarenta y ocho años, y triplicado que si se pusiese en cabeza de una persona de sesenta años... Es pues una razon para vivir el haber vivido: esto es obvio en los siete primeros años de la vida, en cuya época van en aumento los dias que aun se pueden esperar; y esto mismo es verdad por lo que toca á todas las demás edades, ya que la probabilidad de la vida no disminuye tan atropelladamente como pesan los años, y tanto menos aceleradamente cuanto mas tiempo se ha vivido (1).»

(1) Hase creído que los años 7, 14, 21, 28, 35, 45 y 63, eran muy mortíferos para los individuos de la especie humana. Aunque la complexion experimenta á menudo importantes mudanzas, á consecuencia de la pubertad, la jstacion, la época crítica de las mujeres, etc., no parece con todo que haya años mucho mas peligrosos que otros, cuando se evitan invariablemente los excesos, y se sigue un método de vida arreglado. Esta especie de la periodicidad de las enfermedades nace sin duda de la filosofia pitagórica; y aun parece que Hipócrates columbró esta hipótesis. En efecto, el estudio de la economía animal presenta ciertos fenómenos que corroboran al parecer esta opinion, especialmente en los achaques nerviosos que se acostumbran á repeticiones muy regulares. Véase Barthez, *Nov. Elém. de la Science de l'homme*, cap. xiv, etc. Hase observado que en Europa es mayor la mortandad al principio de la primavera y al fin del otoño. Así lo demuestran Buffon y Moheau, en cuanto á la Francia, y Short respecto á Inglaterra. Hipócrates, *De aer., loc. et ag.*, dice que las temporadas mas mortíferas son los solsticios, y mas aun los equinoccios. Lancisi y Piquer observaron, el primero en Roma, y el segundo en España, que en estos tiempos eran mas frecuentes las muertes repentinas. En Asia y bajo los trópicos, donde no se cuentan mas que dos estaciones; los meses que varian son los mas espuestos.

El hombre, á la edad de diez años, puede esperar todavía cuarenta de vida; á los veinte, puede alcanzar unos treinta y tres y medio; á los treinta, puede esperar otros veinte y ocho; á los cuarenta, veinte y dos; á los cincuenta, puede contar probablemente con diez y seis años y siete meses de vida; á los sesenta, tiene todavía por delante once años y un mes; á los setenta, puede aun vivir seis años y dos meses; á los setenta y cinco, le quedan todavía cuatro años y seis meses de vida probable; á los ochenta, puede aun esperar tres años y siete meses; y por último, á los ochenta y cinco, puede aun confiar vivir otros tres años. Vese por lo dicho que el hombre no camina á la muerte con pasos iguales. La mujer tiene menos esperanza de vida que el hombre, cuando no ha traspasado el plazo en que puede enjendrar; pero despues de esta época, puede esperar mas larga vida que el hombre. Hase notado que las solteras y las monjas viven menos tiempo que los solteros (1).

Cuéntase jeneralmente en nuestros climas un

(1) Benoiston de Chateauneuf (*Mémoire sur la mortalité des femmes de l'age de 40 à 50 ans*, Paris 1822) ha probado que esta época, que se considera tan peligrosa para las mujeres, no lo era mas que las otras; y que en proporcion era mas arriesgada para los hombres que para las hembras. Segun este autor, las mujeres son jeneralmente mas vividoras que los hombres, aun en las clases exentas de ásperas fatigas, como los eclesiásticos y las monjas: este hecho es contrario á los que observó Déparcieux. Iguales resultados se han advertido en diversos climas, desde Marsella hasta San Petersburgo (ó desde los 43 á los 60 grados de latitud septentrional).